

GORKA E. ARGUL

La llave
de la
eternidad

Copyright © 2015 Gorka E. Argul

All rights reserved.

ISBN-10: 1511835648

ISBN-13: 978-1511835640

www.geabox.es

www.gorkaeargul.com

e-mail: Gorka.e.argul@gmail.com

www.lallavedelaeternidad.tk

En memoria de Nikola Tesla,
Una mente. Una inspiración. Una revolución.

«Nuestras virtudes y defectos son inseparables,
como la fuerza y la materia.
Cuando se separan, se termina el hombre».

«Dejen que el futuro diga cuál es la verdad
y evalúe a cada uno, según su trabajo y logros.
El presente es de ellos;
pero el futuro, por el cual trabajé tanto, es mío».

Nikola Tesla (1856 – 1943)
Ingeniero y físico serbio.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE - ENERGÍA

1_Bahía de Filadelfia

2_DÍA 0

3_El evento

4_Electromagnetismo

5_Calle 59 con la Quinta Avenida,

6_Biblioteca Pública

7_WNBC

8_New York Times

9_John Campbell

10_Casa de la Sra. Miw

11_M.I.T. Lab

12_Equipo de vigilancia

13_Edificio Empire State

14_Expediente

PRIMERA PARTE

ENERGÍA

Mientras los hombres sean libres
para preguntar lo que deben;
Libres para decir lo que piensan;
Libres para pensar lo que quieran;
La libertad nunca se perderá y
La ciencia nunca retrocederá.

Julius Robert Oppenheimer (1904—1967)
Físico Estadounidense
Director científico del proyecto Manhattan

1

Bahía de Filadelfia, Pensilvania, Estados Unidos 1943

Una mañana lluviosa encharcaba el terreno de los astilleros navales de Filadelfia. A varios niveles bajo tierra, en las entrañas del mayor complejo subterráneo del país, se realizaban las últimas pruebas de lo que se convertiría en la mayor ventaja estratégica de la marina estadounidense.

Atrincherado en su peculiar laboratorio, el director del proyecto realizaba la misma prueba por enésima vez. Algo se le escapaba. El altavoz cobró vida y el sonido hiriente de la voz de un funcionario provocó que se desconcentrara de su tarea.

—¿Nikola, cómo van esas bobinas?—gritó el hombre a pulmón—. El general vendrá en dos días y quiere darse una alegría.

De momento el tiempo del programa se ajustaba al calendario. Nikola respiró hondo. Cogió su transmisor portátil y respondió.

—Sabes de sobra que estará a tiempo, no me insultes, ¡yo las inventé!

A dos metros sobre el suelo, Nikola trabajaba sobre una pasarela.

—Que me tengan que decir lo que debo hacer. ¿Pero quiénes se creen que son?

Ж

En la superficie, el teléfono sonaba sin parar. Eran las 09.30. En el calendario una gran X marcaba la gran fecha. Poca gente estaba informada de la importancia de ese momento. Bart Sheppard había ascendido de rango gracias a sus servicios en misiones encubiertas durante la guerra. Había visto muchas cosas extrañas y que no tenían sentido a lo largo de su carrera, pero esta se llevaba la palma.

La primera vez que le hablaron del proyecto, lo único que se le pasó por la cabeza fue morirse de la risa y llamar locos a todos los que se encontraban en dicha reunión, pero cuando le mostraron imágenes de los prototipos y de las instalaciones, tuvo que callarse. Deseaba verlo con sus propios ojos. No por orgullo propio, sino por mera curiosidad.

La gran inversión se había transformado en una pequeña ciudad bajo tierra. La ventilación industrial salía al exterior por enormes extractores. En el perímetro había carteles de seguridad: «No pasar. Alto voltaje».

El complejo había sido diseñado para experimentos a largo plazo. Podían albergar subsidios de comida para varias generaciones, despachos de administración donde cualquier pedido que entrara o saliera debía tramitarse. Un ejemplo de la ingeniería de la nación.

Ж

Las primeras pruebas habían dado positivo en la transmisión y el calibrado de la electricidad. Las grandes bobinas diseñadas por Tesla rendían según lo planeado. Sus compañeros del proyecto calculaban los posibles efectos de los campos electromagnéticos que podrían surgir a bordo del destructor. Los primeros datos habían sido alarmantes, ya que tal potencia almacenada resultaba muy letal para el aguante del cuerpo humano.

Los dos científicos, tras agotárseles las ideas, hicieron una visita al único capaz de ocurrírsele una solución por muy alocada que resultase.

Llegaron a una puerta de metal con un cerrojo a la altura de los ojos. Albert llamó con los nudillos varias veces, pero no hubo respuesta. Volvió a golpear con más fuerza. Pero esa vez, el único sonido que escucharon fue el de las cañerías de las paredes al vibrar.

—Nunca me acostumbraré —dijo Niels.

—Menuda ironía —se giró hacia su compañero—. Pues llevas aquí desde el principio.

—Lo sé, pero no acabo de acostumbrarme. Ni que estuviéramos dentro de una casa de muñecas. ¿Nunca has tenido el presentimiento de que nos vigilan?

—Eso nunca se sabe.

Albert observó las paredes. Kilómetros de cañerías y cableado eléctrico transportaban agua y electricidad de la superficie.

Niels observó una palanca.

—¿Si probamos a moverla? —propuso con escepticismo.

—Prueba a ver —respondió sin prestar mucha atención, pensando qué estaría haciendo Tesla para no oírles.

El sonido de varios engranajes accionó una puerta metálica.

—Maldito Tesla —exclamó Albert— ¿Nunca duerme o qué?

La puerta se hundió y se desplazó paralelamente. La habitación seguía el diseño de una fábrica mecanizada o un esqueleto.

Varios pilares y una serie de tubos interconectados formaban puentes secundarios para cambiarse de una sección a otra. Desde el fondo, una larga pasarela central hacía las funciones de columna vertebral. En el interior, dos bobinas eran los prototipos en los que se basaba su investigación. Sus hermanas se encontraban en la cubierta del barco. Nikola viajaba sobre una bandeja metálica a lo largo de la pasarela.

—Felicidades caballeros, han encontrado la llave a mi santuario.

—Pero mira que eres retorcido —gritó Albert—. Vale que padeces de insomnio, pero al menos avisa de los cambios que vas haciendo, para no perder el tiempo con adivinanzas.

—Así se desarrolla la mente, señores. Deberían saberlo.

Una columna mostraba un panel de mandos. Niels observó el sistema de vías de la estructura y después miró el panel de control. Sin pensárselo dos veces lo manipuló.

Primero presionó el botón Detener. La bandeja que transportaba a Nikola se detuvo en el acto. Accionó el botón Girar, la bandeja giró ciento ochenta grados. Después accionó el botón Continuar. Nikola se desplazó hasta la abertura de una columna que conectaba a una segunda plataforma. Le quedaba un movimiento. Presionó Descender y la plataforma hizo desaparecer a Nikola en el interior de la comuna metálica. Su anfitrión apareció encima de una silla en la base.

Sus dos colegas se preparaban para tenerle cara a cara.

—¿A qué se debe ese entusiasmo, si se puede saber?— preguntaron.

—Tengo la solución al alto voltaje —les mostró su mejor sonrisa.

Era la respuesta que buscaban.

—¿Y dónde está?

Nikola extendió sus dos brazos y mostró una especie de chaleco. Los compañeros examinaron su atuendo.

—No entendemos. Si te refieres al chaleco, muy bonito.

—No lo veis. Debéis abrir los ojos. Os lo demostraré.

Nikola se dirigió hasta una jaula de metal. Había un letrero muy distinguido que advertía «Peligro. Alto voltaje».

—¿Qué se supone que vas a hacer?

Fuera había un pequeña mesa con varios complementos de seguridad. Se puso unos guantes y una capucha. Dentro había una silla soldada al suelo. Se ajustó el traje y se sentó.

—¿Te has vuelto loco? —gritaron los dos compañeros, desesperados.

Dentro había una palanca. Alargó la mano y la accionó. Múltiples látigos de electricidad le golpearon una y otra vez, y algo sorprendente sucedía. El traje le protegía. Se levantó y desactivó el sistema. Se giró hacia sus compañeros con una sonrisa insultante y majestuosa. «Eureka¹, lo he logrado. Muérete Edison, porque saldré mi venganza».

¹ Famosa exclamación atribuida al matemático griego Arquímedes.

2

DÍA 0 Proyecto Arco Iris

—Bien señores, llegó el día que todos estábamos esperando casi una década —anunció el teniente Bart Sheppard desde un megáfono.

Era un día de celebración. El ambiente se encontraba animado, exaltado. Incluso habían organizado un evento musical para animar la noche. Ocho años de largo trabajo. Ocho años de pruebas, fallos, logros, accidentes, terremotos. Una larga pesadilla con momentos tranquilos y casi apocalípticos. Con el destructor enfrente de sus ojos, todos los operarios de la fábrica aplaudieron y silbaron por la titánica imagen.

—Todo el mundo a sus puestos, zarpamos en quince minutos.

Las fuerzas de seguridad y el principal grupo de técnicos subieron al destructor. Dos grandes bobinas erigidas a ambos lados del barco eran las piezas claves del gran experimento.

Todo estaba listo.

Nikola embarcó en el destructor y ascendió hasta la torre central armado con un maletín. Alcanzó el zenit de la torre. Desde allí pudo realizar una mejor observación. Una imagen digna de inmortalizar. Se descolgó el maletín y lo colocó en la plataforma. En su interior, había un gran panel de monitorización con tres contadores: Uno potencial, otro de resistencias y un contador Geiger². Destapó una cubierta de seguridad de la torre. Del estuche sacó un cable y lo conectó al sistema. Los contadores mostraron los datos preliminares. Las bobinas todavía estaban en proceso de iniciación. «Todo va bien».

A lo lejos, un grupo de nubes de carácter poco amistoso se aproximaban lentamente. Nikola empezó a preocuparse, pero había tiempo de sobra. Recorrió la pasarela circular y cogió un altavoz instalado. Dio la primera orden la noche. «Encendedlo. Empecemos».

² Instrumento que permite medir la radiactividad de un objeto o lugar.

Un nivel más abajo, el teniente mantuvo una conversación de última hora.

— Sheppard a Pájaro uno, responda por favor.

Bart soltó el botón del comunicador a la espera de la respuesta.

—Aquí pájaro uno. Le oímos alto y claro.

—Ya conocen el protocolo—la voz del teniente era directa—.

De un momento a otro deberían ver en el cielo un ligero brillo.

Soltó el botón del comunicador por segunda vez.

—Sí señor, vemos dos grandes esferas de luz por esa zona. ¿He de suponer que todo va bien?

—De momento sí, soldado—tomó aire—. Estén alerta.

Sheppard colgó el comunicador. Se apoyó en su sillón, se quitó las gafas y se pasó la mano por la cara. Provocó que el sillón rotara sobre su eje. Miró a la pared. El reloj marcaba las 23.55. Era casi la hora.

Su compañero le hizo una pregunta, pero Bart seguía contemplando el reloj. Aun no asumía que únicamente quedasen minutos antes de la prueba definitiva. Volviendo en sí, miró fijamente a su compañero. Se encontraba sentado en el sofá que había instalado para las visitas.

—¿Te ocurre algo Bart? —le preguntó David.

Los jefazos le habían asignado un compañero por la cantidad de papeleo que se formó después de la primera prueba. Los datos fueron tan extraordinarios que se vieron obligados a solicitar más materiales y más personal para poder adelantar los plazos.

—Verás, tengo ese hormigueo en el estómago, el mismo que tuve cuando me asignaron aquí el primer día. La misma sensación extraña en el despacho del jefe cuando me dijeron que me trasladarían a un sitio tranquilo para descansar de la guerra, y cuando llegué aquí, pensé que entraba de nuevo en la boca del lobo por segunda vez. Tanto secretismo, ocultismo, bajo cien metros de tierra, tanto científico y militar rondando por los pasillos. Te acabas acostumbrando, pero sigues estando preso y eso esperaba no tener que volver a recordarlo.

Una luz roja se iluminó. Alguien de la superficie había dado la voz de alerta. La fase final había dado comienzo.

—Vamos—dijo alarmado—. Las vacaciones están cerca.

—Sí, señor—Se levantó al instante y abrió la puerta.

Avanzaron a través del túnel que comunicaba con los ascensores. Bart Sheppard pasó la mano por una cañería y sin previo aviso recibió una leve descarga. «¿Qué diablos?» Era la primera vez que sucedía. Volvió a poner la mano sobre otra tubería pero no pasó nada. «Habrà sido casualidad».

Sólo había uno disponible. Bart miró hacia arriba y comprobó que el segundo transporte se encontraba en el nivel superior. En el exterior.

3

El evento

Un gran transformador eléctrico instalado en uno de los bordes del perímetro transmitía la energía hasta las bobinas «10%... 20%... 30%». La música dejó de sonar. Todos estaban impacientes. «55%... 65%... 87%».

Nikola Tesla contemplaba cómo las agujas del contador subían progresivamente. Todo marchaba según los cálculos. No surgían contratiempos. «92%...99%». Presionó el botón de ejecución. Las cabezas esféricas de las bobinas se iluminaron exponencialmente. Parecía como si dos grandes ojos observaran la noche. Un espectáculo de rayos surgió de las esferas como si de brazos se tratase. El medidor de resistencias empezó a disminuir. Nikola quedó sorprendido. «¿Qué ha pasado?».

Albert comprobaba los indicadores desde la zona de los generadores. Los transformadores se empezaron a recalentar debido a la enorme cantidad de energía. El contador de la potencia se disparó. Las barandillas empezaban a cargarse de electricidad. Se desprendía mucha energía cinética en el aire. En la superficie, todo el mobiliario de metal empezó a temblar como si se tratase el epicentro de un terremoto. La gente comenzó a moverse asustada.

—¡Nikola, algo va mal!—gritó Albert a su compañero.

Cogió unos prismáticos y le buscó en el buque. Nervioso, no entendía la tranquilidad con la que le veía en lo alto de la torre. Nikola cogió el comunicador y le respondió.

—No pasa nada, no seas paranoico. Son sólo los márgenes de error.

—¡Te digo que bajas! Tengo una mala sensación.

—¿Vas a fastidiarme el momento? ¿Por qué? Sólo porque unos cuantos trastos se elevan en el aire. Ambos conocemos los efectos del electromagnetismo. ¡Relájate!

Una onda expansiva atravesó toda la superficie y provocó tal sacudida que todo el mundo se cayó al suelo. Los operarios que estaban en las alturas del barco cayeron a la cubierta. Nikola logró agarrarse a la barra de seguridad, pero su mando de control sufrió

daños. Lo miró con decepción. Todo había cambiado. Volvió a coger el comunicador.

—Veo que por esta vez vas a tener razón, mi querido colega.

—Entonces, date prisa y baja de una vez.

Nikola dejó el mando de control y se sacó unos guantes de la bata. Agarró la trampilla de la plataforma y bajó por las escaleras.

Algunos de los tripulantes comenzaron a levitar alrededor de la cubierta e intentaron agarrarse a cualquier soporte. El problema llegó cuando las descargas de electricidad que recibían les obligaban a soltarse. Nikola corrió hacia el puente que unía el navío con la superficie.

—¿Qué ocurre? —gritó Albert.

Nikola volvió a mirar hacia atrás. Lo que vio le recordó a las representaciones que se había formado en su cabeza.

—Creo que es una reacción en cadena. Parece que se ha sobrecargado. Tenemos que regresar y guardarlo todo.

—¿Qué sugieres? En cuanto salgamos de aquí, si lo logramos, se abrirá una investigación y todo quedará clasificado.

—Tú sígueme —terminó Nikola.

Se dirigieron a la zona de los ascensores y entraron en el único disponible. El segundo ascensor ascendía.

—Espero que nadie nos haya visto —murmuró Albert.

Ж

Bart Sheppard abrió la puerta del ascensor. Pulsó el botón de la superficie. A medio camino, el segundo ascensor descendía. «¿Quién se alejaría de la mayor demostración de la historia?». Ninguno consiguió ver quién viajaba en su interior. Los transmisores de abordo no funcionaban.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —murmuró Bart.

Casi en la superficie, una cegadora luz iluminó el interior del ascensor. Levantaron sus manos para protegerse y salieron fuera. Su comprensión de la realidad cambió definitivamente.

Un espectáculo de luces sobresalía del interior del navío. Notaron que algo más sucedía. Todo aquello que era metálico comenzaba a temblar como si estuvieran siendo arrancados por una fuerza invisible. Sus propios relojes vibraban en sus muñecas.

—¡Qué demonios pasa aquí! —gritó David, muy asustado para intentar comprender algo de lo que pasaba.

El suelo tembló deliberadamente y pequeños fragmentos de

metal levitaron en dirección a las bobinas. Una onda de luz invadió la superficie.

Intento abrir los ojos. Se había quedado inconsciente. Bart se adaptó a la luminosidad. Intentó reincorporarse. Descubrió que ya no estaba en la zona del ascensor. «¿Qué ha pasado aquí?». Le dolía la espalda como si le hubieran embestido y lanzado contra una pared. La cabeza le daba vueltas. Tuvo miedo de padecer una hemorragia. Se llevó la mano a la nuca para comprobar si sangraba, y para su fortuna, no era así.

Miró a su alrededor. Ese panorama era sobrenatural. Objetos levitando en aire, personas agarrándose a cualquier cosa con tal no ser arrastradas, pero... ¿Por qué? Las respuestas llegaron cuando se giró hacia al destructor. Una enorme bola de electricidad cubría toda la embarcación. ¿Ha funcionado? ¿Ese era el resultado? Buscó a su compañero. ¿David? Observó a su alrededor pero no lo encontró. ¡David!

Caminó entre los cuerpos tendidos del suelo buscando su rostro. Recorrió media superficie hasta que dio con él. Estaba inconsciente. Le tomó el pulso. No respondía. Los nervios le invadieron. Un charco de sangre se ocultaba debajo de su cabeza. No era necesario hacer más pruebas. Había muerto.

La burbuja del navío comenzó a iluminarse. Bart no quiso arriesgarse a ser el nuevo conejillo de indias del próximo resultado. Echó un último vistazo a su compañero y le cerró los ojos. «Descansa en paz amigo». Corrió hacia el ascensor todo lo deprisa que el dolor de espalda le permitió. La luz de la burbuja aumentó considerablemente. La siguiente imagen provocó que presionara repetidas veces el botón. Los cuerpos de la superficie comenzaron a desaparecer uno a uno. Contempló horrorizado cómo el cuerpo inerte de su compañero desaparecía por el golpe de un latigazo eléctrico. El ascensor descendió y la imagen de superficie desapareció. «¿Por Dios Santo? ¿Ese era el potencial del experimento?». No lograba asimilarlo. Debía reportarlo. La idea era hacerlo invisible, no que provocara que todo a su alrededor desapareciera.

La puerta del despacho estaba cerrada. Buscó las llaves y forcejeó con la cerradura. Extendió la mano hasta el teléfono, pero no daba tono. Encendió la lámpara del escritorio, pero no sucedió nada. «¡Toda la energía se había ido!» Dando vueltas por el

despacho, una única idea se le paso por la mente. Abrió el cajón de la mesa y sacó un estuche de cuero. En la portada aparecía el título: «Proyecto Arco Iris. Protocolo de seguridad». Miró en el índice. «En caso de desastre». Buscó la página exacta. «Dirigirse al despacho número siete del primer nivel y seguir instrucciones».

El despacho siete era una sala de reuniones. Bart salió del despacho impaciente y totalmente nervioso. Al salir al pasillo, los zapatos le patinaron y se vio obligado a agarrarse a la barandilla para no caer por el hueco de la estructura. El despacho estaba al otro lado del nivel. Se puso delante de la puerta y giró el bombín. Estaba abierta.

Una imagen desgarradora le llegó al cerebro. Encima de la mesa había cuatro cuerpos tendidos sin garantías de vida. Los cuatro tenían los ojos abiertos como platos. Una jarra de agua, cuatro vasos y dos maletines. «¿Muerte por envenenamiento?». Los maletines estaban abiertos y contenían carpetas. Protocolos, cifras y contratos de empresas privadas. No había sido informado de esa reunión. En ese momento, lo agradeció.

Recordó la instrucción: «Dirigirse al despacho número siete del primer nivel y seguir instrucciones». ¿A qué se refería? Las únicas instrucciones posibles residían en cuatro cadáveres que olían a veneno.

Sus palabras obtuvieron respuesta.

La luz se fue y un temblor de gran magnitud asoló la habitación. «La burbuja». Bart cayó al suelo por segunda vez. En diez segundos, los generadores de emergencia realizaron su función y una luz roja iluminó la habitación. Se levantó y reparó en un detalle. Al fondo de la habitación había un cuadro torcido que revelaba una placa de metal en la pared.

El estallido había provocado su posible salvación.

Detrás del cuadro había una puerta metálica entreabierta. Encontró un mando a distancia con un botón rojo. Otra pieza para el rompecabezas. Lo presionó y una sección de la pared lateral se hundió en la propia estructura y se desplazó lateralmente dejando a la vista un pasadizo secreto. Unas escaleras conducían hasta un piso superior. Haciendo caso omiso de su espalda, la adrenalina invadió su cuerpo. No había dolor. Regresó a la mesa e inspeccionó los cadáveres. Encontró cuatro tarjetas de seguridad y se las guardó en el bolsillo. Cogió los maletines y subió las

escaleras.

Ascendió en caracol hasta a una puerta de metal con una llave circular de seguridad. Giró la llave hasta que cedió. Fuera, unas escaleras de piedra daban a un pequeño recinto donde había dos vehículos. Cuatro hombres. Dos agencias. «¿Quién más estaba informado de esto?».

Comprobó la puerta de uno de los vehículos. Estaba cerrada. Comprobó el otro y estaba abierta. Metió los maletines en la parte de atrás. Las llaves estaban puestas. Por su cabeza pasó la posibilidad de que todo eso fuera una trampa, pero no tenía sentido dejar dos vehículos allí si así lo fuera. Giró la llave del contacto. El motor arrancó y no pasó nada. Dio marcha atrás y salió del recinto. Un camino asfaltado le llevó hasta un acceso de la autopista. Cuando tuviera tiempo comprobaría toda la información. En ese momento, sólo quería salir de allí y regresar a casa.

4

Electromagnetismo

Nikola Tesla caminó a través de los túneles y giró en un pasillo.

—¿Seguro que sabes por dónde vas? —preguntó Albert.

—¿Por favor, por quién me tomas? Ni que no supiera lo que hago—. Albert le echó una mirada desconfiada. Nikola le indicó con un gesto que le siguiera—. Recuerda que llevo más tiempo que tú en este proyecto.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

Nikola se detuvo enfrente de la pared.

—Pues que formé parte del equipo que diseñó este laberinto. Hay ciertas zonas en particular que no aparecen en los planos.

Albert caminó hasta la posición de su compañero y se quedó mirando la pared en la que estaba detenido. Al principio pensó que le estaba gastando una broma pesada. Pero siendo él, cualquier cosa era posible.

—Mira y contempla, mi querido compañero impaciente.

Nikola presionó una de las piedras de la pared. Albert se quedó sin habla. La pared adyacente se desplazó lateralmente, descubriendo una habitación secreta. Un primer vistazo rápido le permitió observar que estaba bien equipada.

—¿Desde cuándo llevas trabajando aquí?

—Cuando no puedo dormir.

—Es decir siempre. Si sólo duermes ¿cuánto? ¿Cuadro o cinco horas?

—A veces tres. Aquí es donde hago los cálculos importantes.

—En fin —suspiró—. Enséñame eso tan importante que tienes escondido.

—Está ahí mismo —dijo señalando una mesa.

Las estanterías estaban repletas de aparatos, materiales y algunos generadores. Lo suficiente para trabajar. Encima de la mesa había una pequeña lona. Albert tiró de la tela. Lo que descubrió le cabreó.

—Es una broma, ¿verdad? Con el escándalo que hay ahí arriba y me haces bajar hasta aquí para ver una maldita caja.

—¡Siempre tan escéptico! —insinuó Tesla—. Algún día el techo se caerá sobre tu cabeza y abrirás los ojos. No es una simple caja. Es un cofre. Y su interior es lo más valioso que hay entre estos cinco niveles.

Nikola, con los guantes puestos, se dispuso a tocar el artefacto. Saltaron varias chispas, pero en vez de disiparse, el cofre se cubrió de un campo magnético.

—Pero, ¿qué es esto? —preguntó asombrado.

—Yo lo llamo Campo de Fuerza Eléctrico. De ahí el uso obligatorio de los guantes —pellizcó el extremo del guante.

Albert se desplazó alrededor de la mesa para comprobar el suministro de energía, pero no encontró nada.

—¿Y cómo lo alimentas? No veo nada ahí puesto.

—Por imanes, caballero. Es el mejor método sin tener que utilizar combustibles fósiles. Por favor, baja la palanca de esa pared —dijo indicando la pared de la entrada.

Al instante, el campo de energía desapareció. Nikola levantó la tapa. En el interior había una segunda bandeja de metal, una pieza artesanal simple.

—Deduzco que quieres guardar ahí todo el informe—analizó Albert y se giró hacia la entrada secreta— ¿Y si alguien localiza este lugar?

—No podrán por el sistema de seguridad. Funciona con llaves.

Cogió un objeto rectangular que colgaba de su cuello. Apretó una esquina y se dividió en dos.

—¿Qué es eso?

—Esto amigo mío es el futuro de las llaves de seguridad. La pieza del medio activa la seguridad y la llave abre el compartimento. Lleva incorporado una dinamo que le proporciona energía. En caso de forcejeo se bloquea el sistema.

—¿Bloqueo prolongado?

—No se abre hasta que el tiempo se agota.

—Vale, ¿y ese sistema dónde está? ¿Dónde marca el tiempo?

Presionó en la pared frontal del cofre. Apareció un panel iluminado con números y tres botones en la parte inferior.

—Detrás del panel hay un circuito electrónico que memoriza la duración del tiempo. El primer botón sirve para navegar por las dos secciones de números: años, horas, minutos; el segundo sirve para avanzar la enumeración en una dirección; y con el tercero

confirmas los datos. El sistema está conectado al circuito del campo magnético. De este modo se mantiene permanente hasta que la cuenta llega a cero. Es simple.

—Es interesante—dijo Albert—. Así que, a la vez que trabajas en las bobinas, también estabas ocupado en este juguete.

—El tiempo es oro mi querido amigo y a nosotros no nos sobra. Así que dime, ¿cuánto tiempo le quieres poner? Años, varias décadas...

Albert reflexionó. Aunque alguien encontrara el cofre y deseara su contenido, la única forma de acceder a ello, sería con las llaves. Y con el mundo todavía en guerra, no sería ético poner sólo unos pocos años. Debería estar más tiempo cerrado. Nikola, aprovechando que su compañero pensaba en el plan, se dirigió a una estantería para coger unos documentos de su investigación. Albert comenzó a hablar.

—Yo creo que con diez años de espera bastara. La tecnología no va a avanzar mucho en estos tiempos y no tenemos de que preocuparnos. Hasta que se enfríe todo el asunto y termine la guerra.

—Perfecto. Vamos a introducir los datos—presionó el botón de confirmación para encender el sistema. El panel mostraba los dígitos 88:88:88-88:88:88—. Como sabes, no todos los meses tienen los mismos días, por eso hay una referencia universal de treinta días para ello. Simplemente se perderían cinco o seis días por cada año. Aplicando a diez años, serían dos meses en total. Por lo tanto, añadimos ese tiempo de diferencia y problema resuelto. ¿Alguna hora en especial?

—La media noche por ejemplo.

Nikola jugó con los botones de configuración y confirmó cada sección.

—«10:01:30-23:59:59». Cuando llegue a cero, habrán pasado diez años y dos meses. Pásame tus carpetas Albert.

Albert sacó de su maletín todos los informes con los datos y las pruebas. Él los introdujo en el segundo compartimento del cofre.

—Bien, ya está. Sólo queda finalizar el proceso.

Una corriente eléctrica surfeó por varios puntos del laboratorio. Nikola arqueó una ceja. La arquitectura del edificio recibió una sacudida. El interior del complejo se quedó completamente a oscuras y los sistemas de emergencia se activaron. El cofre se

desactivó. Nikola se cayó hacia la mesa. Al levantarse, sus ojos presenciaron algo insólito. Una imagen parpadeante. Al principio una sombra. La silueta de una persona viva, alguien joven, con ropas muy variopintas mirándole directamente, como si de un fantasma se tratase. Nunca olvidaría ese momento. Intentó acercarse a él pero la luz regresó al laboratorio y la imagen se desvaneció. Nikola se acercó al punto exacto donde lo había visualizado. Pero allí no había nada. Sólo aire. Sólo vacío. Sabía que Albert no le creería. Ni él ni nadie. Su compañero se apoyó sobre la mesa e intentó orientarse.

La caja se volvió a encender por sí sola y se cerró automáticamente marcando en el panel unas cifras que no eran las que estaban fijadas.

49:03:22—23:01:59 [20 Febrero 1993]

—¡Casi cincuenta años! —gritó Albert—¡Ya lo estás cambiando! No podemos dejarlo tanto tiempo.

Nikola todavía seguía absorto en su visión. Si había sido real, sus dudas y temores habían sido acertadas. No estaba loco. Era posible que esas voces fueran reales. Pero eso ahora era lo de menos. Reprodujo las palabras de su compañero en su cabeza y se dirigió al cofre. Introdujo la llave en el primer cierre. La tapa no se abrió. Albert le lanzó una mirada interrogante. Ese error les podría salir caro. Volvió a intentarlo, pero no ocurrió nada. Nikola se colocó la mano en el mentón y analizó la situación.

—Ha debido de ser esa interferencia electromagnética que ha sucedido ahora mismo. Lo siento Albert, tendrá que ser así.

—¿Insinúas que la culpa es de las bobinas? —Albert volvió a mirar hacia el pasillo— ¿Qué ha pasado?

Tesla estaba tan confundido con el sistema de bloqueo y todo lo sucedido, que no se había parado a pensar en las bobinas.

—¡Las bobinas! ¡Vamos! ¡Hay que pararlas!

—¿Con qué? El control remoto se te ha estropeado.

—Con este otro—lo sacó de debajo de la mesa.

—¿Se puede saber qué no has hecho tú?—respondió con sarcasmo.

Nikola se guardó la tarjeta en el bolsillo. Caminaron con paso firme en dirección al ascensor. Nikola retrocedió y regresó a la habitación.

—Espera un momento, me he dejado una cosa. Adelántate.

De vuelta al interior, se dirigió a un armario y sacó una caja rectangular de similares características a la otra, que colocó encima de la mesa al lado de la primera.

—Bueno, que no se diga que hoy no he hecho nada por el mundo.

Abrió un cajón. Sacó varios expedientes y los introdujo en el compartimento. Cerró la tapa y el cofre quedó sellado. Lo escondió en un compartimento secreto detrás de una de las paredes. Sacó una sábana para cubrir la mesa. Se puso un traje y se dirigió a la salida. Miró atrás y echó un último vistazo.

—Espero que terminéis en buenas manos mis niños.

Albert le esperaba con la puerta del ascensor abierta. Al verle con el traje puesto, pensó en la energía de la superficie. Era una buena idea. Y no quedaba tiempo. «¿Lo tienes todo?». Nikola asintió con la cabeza.

Ж

No comprendieron nada. Algo había pasado. No sabían lo que estaban viendo con sus ojos, era inaudito. ¡No había nadie! Albert dio unos pasos por la superficie. Se giró hacia su compañero buscando posibles explicaciones. Nikola, asombrado y confuso, observó el panorama.

—Pues una de dos, o la gente se ha ido mientras estábamos abajo, cosa que me extrañaría con el caos que había o... —Un agujero de gusano estaba descartado—. Lo siento, pero no puedo asimilar la otra opción, no está demostrada. Y tú deberías saberlo mejor que nadie. Fíjate, hemos creado una gran fuente de energía. ¿Eso no te dice nada?

Albert no había caído en esa conclusión. Pero una cosa era la teoría y otra muy distinta, la práctica real.

—No puede ser, es imposible. No existe actualmente la tecnología necesaria.

—La luz siempre ha existido Albert.

—Me hablas de la teoría de la relatividad...—Nikola asintió— ¡Pues a qué esperas! ¡Apágalo antes de que suceda lo peor!

Nikola corrió hacia la pasarela para subir al modificado destructor. El traje le protegió de la burbuja de energía. Con la caja de repuesto a su espalda, subió por las escaleras de seguridad. Probó a conectarlo al sistema del barco. Con ello podría desconectar todo el barco. Funcionó. Las dos bobinas empezaron

a estabilizarse poco a poco.

—Buen trabajo, Nikola—gritó su compañero.

Pero el proceso no siguió bien. Las gemelas se estabilizaban demasiado deprisa. La primera bobina volvió a desestabilizarse, quizás debido a la sobrecarga y a la falta de equilibrio energético. Nikola lo entendió a medida que iba sucediendo y tomó una decisión. «Albert, coge esto». Se quitó la cadena del cuello y cogió la tarjeta del bolsillo. Con fuerza, le lanzó dos llaves. Las tarjetas cayeron en la superficie de la base y no sufrieron daños. Albert las recuperó.

—¿Para qué me das dos llaves si sólo necesito una? —Albert, al ver la segunda gemela, comprendió que había algo que no le había contado. Tenía que ser demasiado importante— ¿Qué no me has contado, Nikola?

Desde lo alto de la torre, Nikola se despidió.

—Suerte mi querido amigo y cuídate. Guárdalas muy bien, tienen que perdurar mucho tiempo juntas. Sabrás qué hacer a su debido tiempo. Puede que nos volvamos a ver, en otra vida. O quién sabe, si tu teoría es cierta, en otra realidad.

Amigos y compañeros, científicos y pensadores se miraron por última vez. ¿Cómo podría haber ocurrido eso? Nikola sujetó la caja de control por última vez. Presionó un botón y surgió una enorme burbuja de electricidad que se fue condensando. Antes de que pudiera reaccionar, Nikola y todo el barco se desvanecieron en un instante. No quedó rastro alguno.

Albert inspeccionó el diseño de la tarjeta gemela. Era similar, pero tenía una gran diferencia. Unas líneas inscritas en el metal. Una especie de circuito de cobre. Puede que cincuenta años no fueran tanto problema. Si el gobierno se hacía con aquello... Sería mejor que siguiera oculto.

Escuchó un ruido en el cielo. Vio un avión acercarse. ¿El gobierno? ¿Los militares? Sabía una cosa. No se quedaría para que le descubrieran. Corrió al ascensor. Tenía que poner a salvo el cofre.

Sobre la mesa había una lona. La retiró y se encontró con el cofre. Pero había algo más. A la izquierda había un espacio vacío de polvo. Algo debió poner ahí que después retiró. ¿Pero a dónde? Igual era mejor así.

—Maldito Tesla, nunca cambiará. Ahora lo importante es

desaparecer de aquí.

Se quitó la bata y buscó algo para pasar inadvertido. Buscó una mochila y metió el cofre en ella. Se dirigió al otro lado del edificio. Debía llegar al único ascensor que conducía al exterior. La seguridad no debería ser un problema en ese momento porque no había nadie. Recordó la imagen del avión. Si la seguridad militar estaba avisada, no quedaría nadie en el exterior esperando órdenes. Alcanzó el ascensor de color amarillo.

Era de noche, podría ocultarse sin problemas. Se puso a caminar por el perímetro y avistó varios vehículos. Comprobó las puertas pero todas estaban cerradas. No tuvo más elección que andar a lo largo de la carretera en dirección a la ciudad.

El claxon de un coche le descubrió. Albert se giró desconfiado y comprobó que se trataba de un taxi. En ese lugar y a esas horas. No tuvo elección. No le apetecía caminar toda la noche hasta la ciudad con la pesada mochila a cuestas. Levantó la mano y el taxi se acercó.

—Buenas noches caballero, ¿a dónde le llevo?

—A la...—Se quedó en blanco. Tanto tiempo metido en ese infierno le había provocado olvidar ciertos datos. Pero por otro lado, había tenido sus beneficios: material ilimitado, tiempo, espacio para trabajar, recursos. Tomó una decisión—. Diríjase a la universidad de Princeton, por favor—El vehículo se puso en marcha—. He de planificar los próximos cincuenta años—murmuró.

—¿Decía algo?—preguntó el taxista.

—Nada, joven. Estoy pensado en voz alta—respondió.

«¿Tan alto estaba hablando?».

Sólo faltaba que empezara a hacer preguntas. Resoplando agachó la cabeza y en voz muy baja añadió:

—Dios mío, que nos deparará el futuro.

5

**Calle 59 con la Quinta Avenida,
Central Park, Nueva York
Abril de 2013
Amanecer de Primavera**

Un estridente sonido resonó en toda la habitación «Maldito ruido infernal. ¡Cállate!—gritó eufórico». Estiró la mano e intentó localizarlo. No lo encontraba. «¡Por Dios que alguien lo apague!». No localizaba el despertador. «¡Mi cabeza!—vociferó—¡Frank, ayúdame!». Un maullido salió de debajo de la cama. El animal saltó y se ayudó de la sabana para trepar. Caminó por el borde de la cama y saltó sobre el aparato.

—Dios, mi cabeza. No debí quedarme ayer hasta tan tarde—. Las imágenes del sueño regresaron a su agotada mente.

Notó un leve dolor en el hombro. Salió de la habitación y se dirigió al baño. Se quitó la camiseta y entonces lo recordó todo. Tenía un leve cardenal fruto de un placaje vengativo hecho el día anterior.

—¡Pero ganamos! —dijo sonriendo—. Aunque no creo me cojan este año. Pero la intención es lo que cuenta.

Tras salir de la ducha, se miró en el espejo y contempló una imagen totalmente diferente «Hola, ¿Quién eres tú?—se dijo a sí mismo».

Odiaba despertarse de esas maneras, pero las despedidas de soltero era lo que tenían, y encima, entre semana. El jefe se había vuelto a casar por segunda vez y retó a sus favoritos a salir de fiesta y trabajar al día siguiente a cambio de unos días de vacaciones.

En la mesa de la cocina, una ventana de advertencia apareció en la pantalla de su portátil. «Correo nuevo».

«Recuerda pasarte por la tienda y recogerme el paquete». Era un email de su jefe.

¿Paquete? ¿Qué paquete? El mensaje continuaba. «Por si acaso, aunque me fio de ti, te ajunto una imagen para que recuerdes el objeto». Desplazó el cursor del ratón hasta el archivo. Una pequeña colección de figuras de barro de pequeño tamaño. La última foto era una caja.

En una de las sillas de la cocina vio su camiseta del partido. Se podía leer la parte trasera «Stevens, 7, NYC Football Club».

Cogió el mando de la televisión y puso la noticias. La presentadora del canal informaba de varios ataques en Irak.

«Al menos 460 personas han muerto el pasado mes de abril debido a la violencia y los atentados en Irak, una cifra que refleja un aumento respecto al mes anterior, según los datos oficiales».

El gato apareció en el sofá y se recostó junto a su amigo.

—Ya verás Frank —empezó a decir Patrick—Al final, alguien la cagará y nos caerán varios misiles encima. No se dan cuenta de que la informática es muy peligrosa. Ya tenemos esos drones sobrevolando el país en busca de supuestos terroristas para que ahora alguien venga con un ataque a saber de qué tipo reclamando venganza.

«La mayoría de las víctimas son civiles y al menos la mitad fueron asesinados —terminó de informar la presentadora».

—¡Y encima eso! Los que mueren no son los supuestos malos. Son hombres, mujeres y niños. Este mundo se está yendo a la mierda por momentos. Se supone que la guerra acabó hace años, ¿no? ¡Ja! Me rio yo de eso. Bendito petróleo. De eso yo sí sé mucho—Cogió el portátil y buscó su sección del periódico para ver su ansiado artículo publicado—¡Aquí está, esto es un verdadero análisis!

«Diez años después, una guerra por el petróleo.

Tras varios meses de trabajo, los investigadores no encontraron pruebas existenciales de ADM (armas de destrucción masiva). Pero ya era demasiado tarde para que Estados Unidos evitara una guerra.

No se consideró como prueba definitiva los informes oficiales de los inspectores, ya que contradecían los propios mostrados por inteligencia demostrándose, hoy en día, su total equivocación.

Si dichos informes fueron falseados a propósito o si fue un fallo de la inteligencia americana es algo que es posiblemente nunca lleguemos a saber al cien por cien. Actualmente, sería una información que ofrecería muchas respuestas sobre dichos motivos de la invasión».

—Como sabes, esto ha pasado por varios filtros para que el señor Brock no tuviera problemas—le explicó al gato. Miró el reloj del salón. Debía prepararse.

Se dirigió a su habitación. Frank le siguió, su viejo cuerpo no le permitía ir a las velocidades que años atrás disfrutaba. Patrick se puso unos vaqueros y una camisa negra. «¡Nos vamos!» El viejo siamés se introdujo dentro de una mochila y Patrick se la echó a la espalda.

En el segundo piso, una anciana mujer había solicitado el servicio del ascensor. «Buenos días—dijo él, pero ella no medió palabra». Frank giró la cabeza hacia la señora y soltó un bufido. ¡Frank!—le llamó la atención.

—No se preocupe —dijo la señora—. Bonito siamés, veo que le cuida bien. Eso dice mucho de usted joven.

—Gracias —buscando con qué responder.

La señora alargó la mano para acariciar al minino. Primero resopló temeroso. Pero cuando ella le tocó la cabeza, se volvió amistoso.

—No suele comportarse así, se lo aseguro.

—Los gatos son unas criaturas misteriosas y enigmáticas. Algunos les llaman los guardianes del hogar, los protectores de la familia, ¿sabe? Dicen que son capaces de ver a través de las personas. En la antigüedad se ponían estatuas de gatos fuera de los hogares para impedir la entrada de espíritus malignos, porque creían en ello, tenían fe en su poder mágico y protector—continuó acariciándolo cuidadosamente con la mano.

Patrick no daba crédito. Frank estaba disfrutando con el tacto de esa señora, a quien no había visto nunca, y aun así, ronroneaba de lo lindo. El ascensor marcó el final del trayecto. Patrick dejó pasar a la anciana.

—Sé que a primera vista pueden parecer viejas historias para niños, pero si alguna vez quiere—se llevó la mano a su bolso— Digamos, que le lean las manos, conocer su futuro o alguna de esas artes casi extintas, venga a verme joven—le entregó una tarjeta de visita. «Madame Miw, vidente y astróloga»—. Ya sabe dónde encontrarme. Y traiga a su compañero. Le haré oferta.

—Claro —fue lo único que salió por su boca—. Cuidese.

La señora salió primero la puerta del edificio.

En el exterior, el día había salido a pedir de boca. Se puso las gafas de sol y atravesó la calle por el paso de peatones. Frank, observaba todo lo que transcurría a su alrededor. Recorrieron todo el parque y cambiaron de acera para recoger el recado del jefe.

Patrick llamó a la puerta. Miró por la ventana y no vio a nadie. Probó con el timbre. Frank empezó a maullar. La puerta se abrió y un señor mayor salió a recibirlo.

—Perdone joven, estaba con el inventario —. El señor se fijó en Frank.

—Vengo por un paquete. Me envía George Brock..

—Sí, el bribón de Brock —murmuró el anciano elevando la voz—. Ayer me llamó. Espere aquí un momento. Voy al almacén.

—Y tanto que bribón, qué bien le conoce—murmuró Patrick

Patrick indagó por el interior de la tienda. Había objetos bastantes curiosos. Una colección de katanas antiguas. Cogió una de ellas y la desvainó levemente. Un temblor le recorrió el cuerpo y la imagen de un desconocido le invadió la mente. «¿Qué ocurría? ¿Quién era esa persona? ¿Un antiguo samurái?». La volvió a envainar y la colocó en su sitio. ¿Qué había sido esa imagen? Se había visto a sí mismo frente a otra persona, como en una confrontación.

Su curiosidad le llevó hasta otro objeto. Patrick cogió entre sus manos un astrolabio³ que había posado en un estante. «La herramienta de las estrellas con la que los navegantes se orientaban». De la misma manera que antes, pero esta vez más realista. Patrick se vio transportado a un páramo desértico. Se encontraba solo, en una llanura. El cielo estaba estrellado. Al fondo, un diminuta montaña escondida en la noche. Un grupo de gente se reunía sobre su manto pero no conseguía ver sus caras. Debía ser alguna tribu indígena o algo parecido. Notó que su muñeca le ardía. Llevaba una pulsera muy grande acoplada en el antebrazo que se iluminaba. Al fondo uno de los individuos se levantaba. Al segundo, se vio cara a cara con otra persona. Un espejismo. Una broma pesada que le miraba cálidamente a los ojos y le saludaba. Automáticamente, Patrick se despertó sobresaltado en el suelo de la tienda. ¡Eso había sido prácticamente real!

El siamés salió de la mochila y se puso a su lado. Patrick le miró y recordó las palabras de la anciana: «en la antigüedad tenían fe en su poder mágico y protector». El gato le maulló. Era mucha casualidad que en menos de una hora que habían visto a la señora le hubieran sucedido esos sucesos paranormales. El viejo felino se alejó de su regazo y se dirigió a la gran estatua felina de la entrada.

³ Antiguo instrumento que permite determinar la posición de las estrellas.

El señor salió del almacén y apareció en el mostrador.

Patrick se dio cuenta.

—¿Ha encontrado ese paquete?

—Sí —dijo señalando la oscura caja del mostrador—. Siempre me trae algo extraño de sus viajes, ¿sabe?

Siete figuras en total. Fue a coger una de ellas pero se mostró reticente. No quería que le volviera a suceder la misma experiencia. Pero asumió que como esas figuras no procedían de la tienda, no debería ocurrir nada. Eligió una al azar. Craso error. La imagen de un puerta de piedra se materializó ante sus ojos y un símbolo extraño grabado en ella le obligó a abrirla y acceder a su secretos. Una energía le inundó el cuerpo. Despertó en el acto sudando de manera descontrolada.

—¿Joven, está bien? —preguntó aterrado el anciano—. Tenía que haberlo imaginado antes cuando le he visto en el suelo.

Patrick miró al señor. ¿Cuánto había visto?

—No tiene de qué preocuparse. A veces un objeto antiguo, de alguna forma, posee algún tipo de relación para con la persona y reacciona de esa manera. Hay muchos casos así. Lo llaman sinestesia —Cogió la figura de Patrick—Discúlpeme, en serio. Verá, esta no es una simple colección de figurillas de barro. Proviene de Sudamérica, de una excavación arqueológica. ¿Nunca le ha hablado George de sus viajes?

—Pues no, y mire que paso tiempo con él—estaba intrigado—¿Sinestesia ha dicho?

—Sí, hay gente que es capaz de oír los colores, ver los sonidos, y hasta es capaz de percibir sensaciones al tocar un objeto determinado. Como parece ser su caso. Habrá visualizado algún tipo de sensación como miedo, ira, persuasión... Al tocar esta figura.

—Por cierto, ¿he de firmar algún papel o algún trámite o puedo llevármelo ya? Tengo que llevárselo al señor Brock.

—No se preocupe, todo está arreglado. Que tenga suerte.

Patrick llamó al siamés. Con habilidad, se lanzó a los brazos de su dueño y se introdujo en la mochila. Se despidieron y se fueron.

Cruzaron la calle. El gato empezó a ronronear. Patrick decidió complacerle y escogió una ruta que pasase por el parque. Esquivó a varios peatones y evitó ser atropellados. Se sentó en el primer banco que encontró. El viejo siamés asomó la cabeza y observó la

zona.

Recibió un mensaje. Era su jefe. «Ven antes de las 12.00, tengo una noticia para ti. Necesitarás tiempo para prepararlo». Patrick miró su reloj. Aún disponía de tiempo. Recordó lo que le dijo la anciana. Sacó la tarjeta de su bolsillo. Igual debía probar. Siempre había sido algo escéptico en esos temas, pero las experiencias de esas horas le habían hecho pensar.

—¿Señora Míw? Hola, soy su vecino.

—Sí, dígame joven. ¿Se ha pensado mejor concertar un cita?

—Lo estaba sopesando. ¿En qué momento le vendría bien?

—Después de comer. A partir de esa hora, cuando quiera, pásese.

Patrick colgó el teléfono. Se sintió aliviado. Por primera vez ese día, creía que las cosas podían mejorar. «Nos vamos Frank».

6

Biblioteca Pública de Nueva York, Quinta Avenida

Giró el volante bruscamente y se subió al arcén. Una bola de fuego había salido de la biblioteca. Varios transeúntes se encontraban inconscientes en el suelo. Patrick se acercó e intentó ayudar separándoles de la entrada. Miró el boquete que había dejado la explosión en el local. Quedaba gente en el interior y muchos continuaban bajo los escombros.

Patrick no se lo pensó dos veces. Se agachó para evitar tragar humo. Escuchó gritos de auxilio. Se acercó a la velocidad que le permitía la alfombra de cadáveres. Consiguió ver a una persona. El instinto de supervivencia actuó por él. Intentó quitar los escombros que pudo. Un armario impedía que el techo se viniera abajo.

—¿Puede oírme? —gritó Patrick.

—Ayúdeme por favor —clamaba aquella voz femenina.

La mujer tenía un corte muy feo en la frente. Con la pérdida de sangre y la falta de oxígeno, se desmayaría tarde o temprano. Patrick analizó la escena. De momento el armario parecía seguro, pero no debía arriesgarse.

—Bien, deme la mano, la sacaré de allí —La mujer alargó el brazo y Patrick la cogió—. Poco a poco. Despacio.

El destino les sonrió. Patrick la cogió del hombro y salieron de esa zona. Una segunda explosión provocó un temblor en el interior del local. La onda de choque les tiró al suelo. Cruzaron a través de los restos corpóreos. Podía ver la entrada de la biblioteca. Se pegaron a la pared y, una vez fuera, respiraron aire limpio. Patrick acercó a la mujer a la entrada de un portal.

—Gracias —dijo tosiendo— Muchas gracias.

—No ha sido nada. Cualquiera habría hecho lo mismo.

El cuerpo de bomberos había llegado. Patrick se puso enfrente de ella. Cuando le miró a la cara creyó ver un ángel. Era el primer momento en que se fijaba en ella. Era una chica muy atractiva.

—Créame, cualquiera no habría tenido tanto valor para entrar como ha hecho usted ahora —Patrick no sabía cómo responder.

Nunca se había envuelto en algo así. Al fondo de la calle, se escuchaban las sirenas de los coches de policía—Si no quiere que le interroguen, será mejor que se vaya—le insinuó la mujer.

Al levantar su cara, Patrick sintió una sensación familiar, como si la conociera de toda la vida, pero nunca antes la había visto. Era extraño. Notaba como una corriente eléctrica recorriendo todo su cuerpo.

—Tiene razón, además llego tarde —. Patrick miró a la acera de enfrente. Muchos curiosos grababan la escena con los móviles. Sus compañeros de trabajo no tardaron en aparecer. Patrick sonrió. La mujer lo miró sin comprender su respuesta. Patrick reaccionó—. Verá, ¿ve ese grupo de gente de allí?—le señaló una reportera y una cámara de televisión con una camiseta del New York Times—. Trabajamos juntos. Y como me vean, se me va a hacer un día muy largo.

La mujer se quedó mirando a Patrick sorprendida por su humildad.. Le agarró el cuello de la camisa. Patrick se vio sorprendido. Ella le iba a besar agradecida por salvarle la vida, pero la sirena de un coche patrulla interrumpió acercándose a la acera.

—Que oportunistas —murmuró ella—. Será mejor que te vayas—. Patrick intentó responder pero no le salieron las palabras. Ella se despidió—. Ya sé dónde trabajas—le guiño un ojo—. Vete o te pillarán— Señalando a sus compañeros.

Patrick desapareció de la escena del crimen. Si la suerte le acompañaba, la volvería a ver. De reojo vio como un helicóptero se retiraba de la escena.

Cruzó la calle y se metió dentro del vehículo. El siamés asomó la cabeza fuera de la mochila, le olisqueo y emitió varios bufidos. «Si tú hubieras estado ahí dentro olerías igual, campeón».

Intentó sacar el coche de ese caos. La policía había colocado vallas de seguridad. Patrick les hizo una indicación de que necesitaba salir por ese lado. El policía accedió y le abrió el paso. Cogió otra dirección para dirigirse al trabajo y puso música para relajar el ambiente.

7

WNBC

Un helicóptero había llegado cinco minutos después de que se produjera el atentado. Gracias a los videos e imágenes que los usuarios de internet habían colgado en la red, el canal había podido alertar al público.

—Aquí Peter Cross de la WNBC⁴ informando para el canal cuatro. No os creeréis lo que estoy viendo, ni yo me lo creo—retransmitió el reportero—. La biblioteca pública ha estallado por los aires. Sí, me estáis escuchando bien, ¡por los aires! Toda la calle está llena de escombros. Puedo ver algunos cuerpos. La policía está llegando y varios agentes están cerrando ambos tramos de la calle. Tampoco veo a los bomberos—. Se puso a observar desde el aire para hacerse una idea más detallada—. Perdón, sí, ya les veo, ahí están—El helicóptero maniobró para tomar imágenes del cuerpo de bomberos—. ¿A qué lunático se le ocurriría semejante atrocidad? A estas horas estaría llena de gente, ¡y estamos en fechas de exámenes, por el amor de Dios! ¡Menuda catástrofe! Habría que castrar a esos malnacidos. Perdónenme por la expresión, pero me hierve la sangre cada vez que veo este tipo de cosas—Se secó el sudor con su pañuelo—. El cuerpo de bomberos se mueve deprisa y varios hombres entran al interior del local para sacar a los heridos. Eso sí es valentía, queridos telespectadores.

Una segunda explosión salió del interior del local y sorprendió a toda la calle. No se podía ver nada.

—¡Dios bendito! Eso ha sido toda una sorpresa. Otra llamarada acaba de barrer todo el interior y una humareda negra ha inundado la calle. Esto es una pesadilla. Por favor, decidme que están rodando una película y que todo esto no es real. El resto del equipo de bomberos entra en acción, deben darse prisa. Queridos telespectadores, nosotros seguiremos un poco más aquí arriba hasta que nos informen de que todo está controlado. Se despide Peter Cross de la WNBC informando para el canal cuatro. Que Dios les proteja.

⁴ Estación de cabecera de la cadena de televisión estadounidense NBC en Nueva York.

8

New York Times, Octava Avenida, Nueva York
12.55pm

Patrick estaba a punto de llegar a las oficinas. Necesitaba cambiarse de ropa, no quería interrogatorios esa mañana. También necesitaba una aspirina o algo más fuerte. Aparcó el coche en la parte de atrás. Entró a toda prisa por la salida de incendios y se dirigió a una habitación donde sabía que encontraría ropa.

Se dirigió al lavabo para lavarse la cara y se peinó el pelo como pudo. Miró su reloj, era casi la hora. No quería hacerle esperar. Patrick se dirigió al ascensor más cercano. En ese momento sus puertas se abrieron. Salieron dos personas, aprovechó y lo cogió.

Otro día más en la oficina, casi al final de la semana. Patrick albergaba mínimas esperanzas de que la nueva misión de su jefe no le supusiera un estallido mental de última hora, como era costumbre.

Atravesó el pasillo saludando a sus compañeros. Las compañeras no se resistían al ver al gato. El viejo siamés disfrutaba con las caricias. Rompiendo el hielo, su apellido resonó en la habitación.

—¡Stevens! —su jefe le aguardaba.

—Bien chicas, basta por hoy. Dejadle respirar —dijo Patrick sabiendo que se arrepentiría de ello.

Frank emitió un dulce maullido.

—Qué malo eres —dijo una compañera—. Hasta él lo dice.

—¡Stevens! —segundo aviso del jefe. No quería un tercero. Patrick agarró el bombín de la puerta y entró al despacho. George se encontraba en medio de una videoconferencia. Le indicó que se sentará y esperara.

—A ver Timothy, que no me cuentes historias. O me traes el artículo de los permisos ilegales o te uso de diana para probar mi nuevo revolver—Abrió un cajón y sacó una Magnum. Lo puso delante de la pantalla—. Además quiero hacer reformas en este despacho—miro a Patrick.

Extendió la mano con el pulgar hacia arriba.

—Y si no, siempre tengo la segunda opción, el mensaje exprés, lanzarte por la ventana y hacerte amigo de las palomas. ¿Me has entendido?

Patrick se pasó el dedo pulgar por el cuello y le susurro «de-man-da». George se dio un tortazo en la cara.

—De acuerdo. tienes hasta el lunes. Que pases un buen fin de semana. Recuerdos a tu mujer —colgó el teléfono—No me puedo permitir otra demanda más. Hola Patrick, mi querido amigo y confidente, ¿qué te cuentas?

Patrick miró a su jefe y después a la ventana. Sopesaba las opciones. Terminaba el día en el hospital o se arriesgaba a la misión secreta.

—Tirando jefe —mintió—¿Y usted? ¿Otra vez con problemas?

—Chorradas, Patrick, ¿recuerdas lo de anoche?

«Como olvidarlo. Necesitaría terapia».

—El que se subió a la barra de striptease, me dice ahora que ha usado los datos sobre ese caso para costearse unos caprichos. Y yo le he dado un pequeño aviso. La gente, que es una incompetente.

Cogió la caja y la puso encima del escritorio.

—Aquí tiene. Directamente llegado desde Sudamérica. Nunca me había dicho...—pero no pudo completar la frase. Con un movimiento más rápido que el rayo, George ocultó la caja en su lado del escritorio.

—¿Te has vuelto loco? Como me vean con esto se me cae el pelo.

Patrick entró en shock. «¿Verle con eso?». Volvió a mirar a la ventana. Varias palomas se habían posado en el marco del exterior. Patrick suspiró. En ese momento entendió la palabra confidente. Se había convertido en cómplice del tráfico de objetos antiguos. Un hormigueo le recorrió el cuerpo. George se dio cuenta de que había traído al siamés.

—Con permiso. Necesito hacer una cosa.

Cogió el gato y lo puso en la mesa. Abrió un cajón y sacó una gorra y unas gafas para ponérselas al gato. Después cogió la tableta electrónica. Puso su cara junto a la del gato y sacó una foto.

—Mi mujer todavía no se cree que uno de mis empleados viene con el gato por las mañanas. Ahora le daré en las narices con la foto.

Cuando uno cree que lo ha visto todo, la vida todavía le

sorprende.

—¿Antes ha preguntado si quería algo? Bien, unos días libres no me vendrían mal. Creo que me los merezco, en mi humilde opinión.

George le miró fijamente. Se trataba de una de las peleas mentales del viejo George. El primero que pestañeara, perdía.

—De acuerdo, tú ganas. Por tu humildad y tu confidencialidad, después de que termines el artículo de hoy y me lo entregues hoy mismo, a la noche, recibirás el premio de una semana para que hagas lo que te dé la gana. ¿Hay trato?

George extendió su mano. Ahí había trampa. Mucha trampa. ¿Una semana? Estaba siendo muy generoso. Pero le vendría bien. Sabía que el cachondo era un cabrón con labia, pero solía tener buenos gestos con su círculo de amigos.

—¿Y los gastos? —murmuró Patrick. Debía intentarlo.

George mareo los ojos, abrió otro cajón y sacó una tarjeta de crédito.

—Sólo te la daré cuando lo entregues. Ni un minuto antes.

—De acuerdo. Hay trato —se dieron un apretón.

—Entiéndeme Patrick, si te hubiera dicho la verdad, no habrías aceptado el pedido.

—¿Y sobre qué es la misión de hoy, jefe?

George, abrió un cuarto cajón y sacó una hoja. La puso encima de la mesa. Patrick la cogió y empezó a leerla. Levantó la vista y vio la enorme sonrisa de oreja a oreja que el malévolo de su jefe le mostraba.

—¿Los jóvenes de hoy en día entendéis de esas cosas, verdad?

El título decía: «Conferencia sobre nuevas tecnologías en la nueva era. Nuevas aplicaciones del láser en la óptica. Hora: 17.00, Edificio Empire State de Nueva York». Debía ser una broma. Volvió a mirar a la ventana. En esos pocos minutos se había llenado de palomas. Intuyó un mal presagio. George se dio cuenta y también miró la ventana. Entonces reaccionó como nunca le había visto. Abrió el cajón del revólver y sacó una pelota que lanzó contra la ventana. La bandada de palomas desapareció revoloteando.

—¡Y si volvéis, pagáis la cuota! Que no están los tiempos para eso.

—Entonces —continuó Patrick—¿Voy solo o acompañado?

George empezó reírse. Nunca le gustó esa risa burlona.

—Pero qué salado eres—George se pasó las manos por la cara—. Puedes ir con quien quieras. Seguro que conoces a alguien del meollo que pueda ayudarte. Toda información es bienvenida. Si necesitas algo, me llamas. Puedes irte. Tendrás que prepararte.

Patrick miró la hora. Tenía menos de cuatro horas. No le iba a dar tiempo. Recogió a Frank y salió del despacho. «Esta te la guardo—murmuró mientras apretaba los puños». Cuando salió al pasillo, chocó con la mujer que todos en la oficina deseaban. Una figura de medidas perfectas que siempre llevaba tacones y le rodeaban ciertas leyendas de un turbio pasado. Era su oportunidad.

—Perdona Susana, una cosa —intentando no parecer indirecto—. El jefe quiere verte para algo sobre una cena por tus logros y ese último artículo que escribiste. Una simple cena de negocios, ya sabes.

—Una cena, ¿para mí? —preguntó emocionada.

—Eso ha dicho, entra y pregúntale. Yo no sé más.

—Gracias Patrick. Por cierto, qué monada de gato que tienes.

—Gracias a ti. Suerte —le respondió—. «Sabía mi nombre»—pensó irónicamente—. Donde estaba esa Magnum cuando la necesitabas.

Patrick se dirigió al ascensor. En la planta baja, recogió su ropa y salió por la salida de emergencia. Para su sorpresa, una bandada de palomas esperaban al otro lado de la puerta. Salió del edificio y no hubo más sorpresas. Se apoyó en el coche e intentó relajarse. Pero el día estaba cuesta abajo.

—¡Dime qué quieres de mí! —gritó a los cielos.

Pequeñas gotas empezaron a caer y comenzaron a chocar una a una a lo largo del coche. El día mejoraba por momentos. Frank maulló, las gotas le entraban en el interior de la mochila. Lo que en principio era para su protección, se acabó convirtiendo en una prisión.

Puso rumbo al hogar, pero antes se dirigió al fatídico lugar de los hechos. Desde una esquina comprobó cómo la policía precintaba el lugar. El humo se había extinguido. Quedaban los restos carbonizados y la visión de un desastre que nunca se olvidaría. Fuera, una fila de cuerpos sin vida descansaban envueltos en bolsas de plástico.

9

John Campbell

Frank saltó de la mochila y se dirigió al cuarto de baño. Lo llevaba esperando desde el coche. Patrick cogió una toalla y le secó la poca agua que le quedaba. Después, dejó al gato campar a sus anchas.

Se sentó en una silla de la cocina y levantó la tapa del portátil. «Naveguemos por la red. Introduciremos la información: Conferencia de nuevas tecnología en la nueva era». Varias páginas web salieron en la búsqueda. Seleccionó la primera opción. «La web anunciaba que dos doctores, Thomas Blake y su colega Sam Beckson, presentarían un nuevo modelo sobre la transferencia de materia entre dos puntos distantes mediante una demostración práctica».

Una demostración práctica. ¿Se refiere a la teletransportación? A bote pronto le sonaba a ciencia ficción, pero sería interesante observarlo de cerca. Valdría la pena verlo con sus propios ojos.

Recordó las palabras de su jefe en el despacho: «Seguro que conoces a alguien del meollo». Y era cierto, conocía a una persona que era un genio en temas de tecnología. Buscó en su agenda. Hacía muchos años que no se veían. Él siempre le hablaba de esas cosas, que eran el futuro, los gurús de las nuevas tecnologías y todo eso de la probabilidad y las predicciones a largo plazo.

—Sí, hola, ¿quién llama?—preguntó una voz masculina al otro lado del teléfono con un tono bastante serio y harto de responder lo mismo una y otra vez.

—Hola John, soy yo, Patrick. Patrick Stevens. Del Instituto. Ha pasado mucho tiempo tío —Hubo un momento de silencio. Patrick comprobó si la llamada seguía activa—. John Campbell, ¿sigues ahí?

—¿Patrick Stevens? ¿El mismo que ocultó las llaves de los coches de los profesores en una taquilla y tardaron una semana en dar con ella?

«El pasado siempre regresaba para atormentarte».

—Sí bueno, qué se le va hacer, estaban demasiado ocupados hablando de los temas cotidianos que nunca prestaban atención a

sus respectivos despachos y pertenencias. Oye John, ya que te acuerdas tan bien de los viejos tiempos y somos amigos, que te parece...

—¿Tienes ordenador delante? —Patrick no se esperaba esa respuesta— ¿Sigues teniendo mi correo o me tienes agregado en algún lado? Tú accede, yo me encargo.

Patrick accedió a un programa de chat.

—Mejor así, cara a cara. Hay que adaptarse a las nuevas tecnologías compañero. Cuéntame, ibas a decir algo.

«Que todos los días se aprende algo nuevo».

—Sí, verás —Patrick se aclaró la voz—. Ya que estudiaste físicas, te comento. Luego hay una conferencia en Nueva York sobre dos tíos que van a hacer una demostración y bueno, no tengo ninguna pregunta preparada y me vendría bien tu consejo sobre el tema.

—De modo que te inclinaste por periodismo, ligarás bastante. En realidad hoy es tu día de suerte. Precisamente yo estoy en el equipo técnico. Es más, ahora mismo estoy llegando a Nueva York para preparar esa demostración. Puedo hacer que el doctor te conceda la primera pregunta, para que no te quiten ideas. ¿Qué te parece?

—Que me haces un gran favor colega.

—Me ha encantado saber de ti Patrick —respondió John—. Hasta dentro de un par de horas.

La llamada finalizó.

Un calambre en la pierna le hizo despertar. Escuchó el maullido de Frank. Recordó la cita con la señora del segundo piso. El felino le estaba esperando en la puerta. No le dejó muchas opciones.

El ascensor se encontraba en la planta baja. Frank estaba a su lado. Miró a la escalera, sólo era un piso. El gato había desaparecido. Sólo consiguió ver el movimiento de su cola Patrick no le perdió de vista. Aguardaba en frente de una puerta «¿Cómo puedes saber dónde es?». Patrick sacó la tarjeta de visita y efectivamente, era la puerta correcta. «¿Ahora tú también tienes poderes? ¿También me lees la mente cuando duermo?—El felino le miró y sus ojos tomaron una tonalidad diferente—. No vuelvas a hacer eso». Llamó al timbre. La puerta se abrió y la amable anciana les dio la bienvenida. Frank entró el primero.

10

Casa de la Sra. Miw

La entrada casi dejó K.O. el corazón de Patrick. La gigante figura de piedra de un felino en la propia entrada del pasillo le recordó a la tienda de antigüedades y a su experiencia sobrenatural.

—Es el protector del hogar, ¿sabe? —dijo la señora.

—Lo sé muy bien y él también —observando como el minino pasaba su cola por el contorno de la figura—. Créame. ¿Hace mucho tiempo que lo tiene?

—No. La verdad es que lo acabo de comprar. Hay un tienda al otro lado del parque. Está un poco escondida, pero tiene artefactos bastantes interesantes. Debería pasarse algún día y mirar.

—Me lo pensaré.

—Pase joven, no se quede ahí quieto. ¿Quiere una taza de té?

—Gracias, me apetece bastante.

A lo largo del pasillo había fotos de muchos lugares del mundo. En ella salía una joven atractiva y exótica. ¿Sería ella? Japón, la India, África, Sudamérica e indios americanos. Patrick continuó contemplando las fotografías que había por toda la casa. Muchas eran sobre viajes. En otras, aparecía rodeada de más gente.

—Perdone. Esta foto es la única en la que sale con una persona. ¿Es algún amigo o alguien especial?

La señora regresó con una bandeja.

—Déjeme ver—Cogió la foto y la observó detenidamente—. Sí, de mis viajes al Tíbet en busca de respuestas.

—Y, si me permite la pregunta, ¿las encontró?

La señora se quitó las gafas, y dejó el cuadro en su sitio. Después se dirigió a su silla.

—Sí querido. Encontré respuestas a muchas preguntas. Por favor, siéntate. Empecemos —La señora sacó un ovillo de lana de un cajón y con habilidad, se lo lanzó al gato—. Dame tus manos y relájate.

Patrick, indeciso, alargó lentamente las manos. La señora Míw cerró los ojos y respiró profundamente.

—Veo algo. Un pasado algo oscuro. Veo un viaje muy largo, de alguien cercano. De tu misma sangre. Aunque veo que no fue una decisión voluntaria. Hay alguien más, pero no lo veo. Veo una larga línea de tiempo de soledad y un final iluminado

¿Viaje largo? ¿Larga línea? ¿Luz? Patrick empezó a ver imágenes. Estaban borrosas. Confusas. Se movían muy rápido. Eran como diapositivas, una a una, a mucha velocidad. Vio a su madre y creyó ver a su padre. A él apenas le recordaba. Pero esas imágenes eran muy nítidas. También había un diminuto animal. Debía ser Frank cuando era una cría.

Patrick despertó del trance y soltó las manos. La señora Míw seguía con los ojos en blanco, pero al romper la conexión, volvió a la normalidad. Todavía no se creía lo que había visto. Había sido casi real, había llegado a sentirlo. Había vuelto a ver a sus padres.

—Lo siento—dijo ella—. Me he dejado llevar. A veces, si no controlas el trayecto, puedes remover mucho el pasado que uno no desea volver a ver.

—No se preocupe —respondió—. Hay escenas que me ha gustado recordar—Patrick miró su reloj. Eran más de las cuatro. Debía irse o llegaría tarde a la conferencia—. Señora Míw, muchas gracias por esta sesión, en serio. Ha sido, como lo diría, reveladora.

La señora se inclinó en señal de reverencia y Patrick la imitó en señal de respeto. Le acompañó hasta la puerta. Cuando vio a Frank con el ovillo, hizo un rápido gesto de muñeca que descentró al gato. Patrick abrió la puerta y salió al pasillo. Esta vez no podía llevarse a Frank al trabajo. Uno, porque sabía que llegaría tarde y dos, porque habría mucha gente, y las multitudes no eran buenas. De modo que regresó a su piso y dejó al siamés delante de un cuenco de comida con la tele encendida con sus dibujos favoritos. Cogió el portátil. Salió del edificio y cogió su coche.

11

M.I.T. Lab, Cambridge, Massachusetts Antes del mediodía

En el gran laboratorio del Instituto Tecnológico de Massachusetts, todo el mundo trabajaba a contrarreloj. Debían desmontar la máquina más cara del siglo XX para que no surgiera ningún problema y, posteriormente, volver a montarla pieza por pieza cuando llegara a su destino.

—¡Todo el mundo atento! Meted los maletines en los camiones y tened cuidado. Todo lo que va dentro vale millones de dólares. No os quiero meter presión —anunció John Campbell.

Un señor con bata blanca se asomó desde lo alto de una escalera pidiendo datos de última hora. John, concentrado en un enorme monitor, realizaba las últimas actualizaciones.

—Ahora mismo se los envió al servidor doctor Blake. No se preocupe. Todos son positivos.

—Me alegro. De verdad. Casi veinte años de trabajo ininterrumpido han dado sus frutos. A veces me olvido de la edad que tengo.

—Está hecho un chaval. Nunca lo olvide. Ahora mismo termino.

El doctor regresó al interior de una oficina.

—¡John! Cómo tienes camelado al doctor. ¿Cómo has podido mezclar todos los datos sin perderte? Y te lo pregunto como amigo.

—Es una gran pregunta, créeme, no sabría cómo responder. Supongo que el karma hoy me ha sonreído. También vaya huevos que tienen ahí arriba, programar una prueba del láser una semana después de la anterior, así no hay quien trabaje tranquilo.

—Que no te oiga decir eso el jefe —Le dijo el compañero sonriendo.

—El Dr. Blake es un santo, créeme. Tenemos que prepararnos para irnos, recuérdalo —. Un sonido musical alertó y puso de los nervios John.

—¿Quién demonios me llama ahora? —John sacó el móvil y se

dirigió a una zona resguardada.

En el piso de arriba., en el interior de una sala insonorizada, el director general del departamento, varios socios capitalistas y el director del complejo estaban reunidos. El doctor Blake comprobaba que los datos habían sido transferidos. Todo había salido bien.

—Señoras y señores —anunció el doctor Blake—. Si son tan amables de prestar atención al monitor, verán una representación tridimensional de lo que sucederá dentro de unas horas en Nueva York.

En el interior de un artefacto, un elemento luminiscente se desintegraba. A través de un rayo de luz, reaparecía en un artefacto homólogo del primero. Los datos hablaban por sí solos.

—Como sabrán el rayo de luz es sólo una representación visual de la teletransportación del elemento. En realidad no se observa físicamente. Ya han visto anteriormente las pruebas con éxito—dijo el doctor.

—Bien señores, creo que todo ha quedado claro —dijo un socio capitalista—. Todo depende del éxito de la demostración de hoy. Si da los mismos resultados que en las pruebas, podremos coronarnos con una medalla y, por su puesto, pasar a la historia. ¡Brindo por ello!

Todos levantaron sus copas al aire para conmemorar el glorioso día. Ese día significaría un antes y un después. Un enorme paso en la historia de las telecomunicaciones. Una nueva generación de proyectos se abriría tras ello.

—También me gustaría hacer un brindis por el señor Manfree—El director del laboratorio se levantó de su silla—. Por el hombre, sin cuya aportación, todo esto no hubiera sido posible.

Todos se levantaron y una vez más brindaron.

—Por favor, señor director, no me merezco tanta consideración—respondió agradecido —Ha sido ese sueño que una vez tuve y, aquí y ahora, he tenido la oportunidad de hacerlo realidad. No es necesario elevarlo más. Por el proyecto señores. Por el futuro. Nuestro futuro.

La reunión había terminado con éxito. Mientras todos los asistentes salían de la sala, Stuart Manfree presionó un botón de su reloj y un panel apareció proyectado. El director se dio cuenta.

—¿Jugando con algún proyecto, señor Manfree?

—Por favor, llámeme Stuart. Pues verá. ¿Ve esto? —le enseñó el reloj—Esto revolucionará la vida social de la gente—Stuart se quitó el reloj de nueva generación y se lo entregó—Pruébalo. Es más, se lo regalo. Como una ofrenda por nuestra amistad.

—Increíble. Extraordinario. Pero dígame, ¿de dónde lo ha sacado? ¿Alguien más lo sabe?

Stuart se levantó y se acercó al oído del director.

—De mi propia empresa director. Y usted es el primero.

12

Central Park, Fuera del edificio Equipo de vigilancia

Bajo el logotipo de una empresa de limpieza, una gran furgoneta franqueaba la entrada del edificio. La lluvia seguía cayendo y cada vez era más fuerte. Las puertas traseras se abrieron y un operativo salió al exterior. Sacó una larga escalera y la apoyó en la pared del edificio. Se colocó el cinturón de herramientas y ascendió por las escaleras hasta el sistema de cableado telefónico.

Quitó unos cables de la telefonía, insertó unos transmisores de señal y volvió a colocar el cableado. «Fin del trabajo». Descendió por la escalera, la recogió y llamó a la puerta con los nudillos. Una vez dentro, se sentó en su asiento.

—¿Hay señal?—preguntó.

—Funciona perfectamente —dijo su compañera—. Tenemos acceso a las cámaras del portal, a la del piso cero y cada una que asomaba del ascensor. No es mucho, pero será suficiente.

—¿Podemos ver al chico?

—De momento no. Pero la señora Miw acaba de entrar en su apartamento. Y dos enormes camiones acaban de cruzar la calle, según el radar, en dirección al edificio Empire State. Parece que todo va cronometrado. No debería haber sorpresas.

—¿Sabemos dónde se encuentra el chico?

—Según el GPS que lleva instalado en su vehículo —mirando la imagen del monitor—. Está viniendo hacia aquí. Le deberíamos poder ver en cualquier momento.

Un Mustang⁵ negro apareció entrando por la calle. Encontró sitio delante de la furgoneta y aparcó. Un hombre salió del coche llevando una mochila pegada al pecho y corrió hacia el portal.

—¿Porque la lleva de esa manera? —preguntó un operativo.

—Llevara algo dentro. Eso es lo de menos—respondió la

⁵ 1968. Mustang Shelby Cobra GT500.

mujer—. Lo importante es que le hemos encontrado y le tenemos localizado. Mejor no puede ir la misión. Ahora todo es esperar. Recordad que la otra misión ya ha terminado. El aviso ya se ha dado. La nueva misión sólo es de vigilancia. Nada de intervenir. Son órdenes de arriba.

Los minutos iban avanzando y por los monitores observaron cómo en el tercer piso, el chico se disponía a coger el ascensor, pero prefirió ir por las escaleras.

—¿A dónde va? —se preguntaron todos.

Patrick apareció en pantalla en primer plano enfrente de la cámara de seguridad.

—Es guapo —dijo la operativa.

—Lisa, a ti todos te parecen guapos. No sé cómo lo haces.

—Saber buscar querido. Deberías aprender.

—¿Por cierto, cómo es posible que un localizador de hace veinte años siga funcionando hoy en día?

—Por lo que sé, por alguna razón, estuvo incomunicado. No daba señal. Y un día, quince años después, volvió a la vida. Simplemente se volvió a encender. Debió estar en un lugar con mucho plomo alrededor para que no emitiera señal. La sorpresa fue descubrir al nuevo dueño.

—¿Y el antiguo? —preguntó ella.

—En paradero desconocido.

En el monitor observaron que la puerta del apartamento se volvía a abrir. Patrick salía por la puerta y se dirigía al ascensor. Desde la cámara del exterior de la calle, vieron cómo Patrick se dirigía a su coche. En ese momento recibieron una llamada.

—Seguidle, puede que se dirija a vuestro próximo punto de encuentro —dijo la jefa.

Después de que Patrick desapareciera de la calle, la furgoneta se puso en funcionamiento. El Mustang atravesó la ciudad y, efectivamente, se dirigía al Empire State.

—¿Por qué habrá venido hasta aquí?

—Puede que cubra el evento. Después de todo es su trabajo. Nosotros a lo nuestro.

13

Edificio Empire State, Manhattan, Nueva York

La conferencia sobre nuevas tecnologías estaba a punto de empezar. En medio del caos que había en la calle, toda la acera estaba plagada de coches. Patrick prestó atención. Cruzó con cuidado la carretera evitando ser atropellado. A las puertas del edificio pudo ver cómo un pequeño grupo de gente se dirigía velozmente en la misma dirección. Sabía que esa habitación, donde se iba a celebrar el evento, disponía de dos alturas. Una, por donde acabada de entrar los visitantes y la zona superior, donde estarían algunos medios de comunicación. A primera vista, la zona inferior estaría colapsada.

Entró en el edificio y fue velozmente hasta la puerta de la presentación. La puerta estaba cerrada. Recordó que la sala de conferencias poseía un segundo piso. Se acercó al primer ascensor del pasillo. En su interior pisó algo. Miró hacia abajo y encontró una carpeta. La puerta se iba a cerrar y puso el pie en el sensor para impedirlo. En la tapa aparecía escrito: «confidencial». En su interior, una montaña de papeles inundó sus ojos. Un documento llamó su atención. Una lista de nombres y compañías. La puerta intentaba cerrarse. Alguien llamaba desde arriba. Debía largarse. Guardó documento en el bolsillo y dejó la carpeta en el punto exacto donde la había recogido.

Patrick sintió que le estaban vigilando, pero no encontró a nadie en los alrededores. Miró hacia arriba y advirtió la cámara de seguridad apuntándole directamente. Él no había hecho nada ilegal, sólo detener la puerta mecánica. Decidió que la planta baja era más segura y se dirigió hasta la puerta principal de la exposición, rezando para no haberse perdido nada importante.

El foro de la habitación estaba al máximo. Se sorprendió de la cantidad de gente que había acudido al acto. Civiles, funcionarios y algunas personalidades de la ciudad. Intentó buscar un hueco donde poder ser observable para realizar la pregunta más importante de su carrera. Sacó su pase de prensa y se fue acercando

por el lateral hasta las primeras filas.

En la tarima pudo reconocer algunas personalidades. Los dos doctores de la demostración, el alcalde de Nueva York, el jefe del departamento del M.I.T., el consejero de seguridad nacional, los técnicos entre los que se encontraba John y otro personaje, con traje caro, que nunca antes había visto.

La charla ya había dado comienzo y habían dado paso a las presentaciones. Un tal Stuart Manfree había contribuido notablemente en el desarrollo del experimento. La sala se llenó de aplausos. El individuo saludó y se volvió a sentar. La ministra de nuevas tecnologías cedió la palabra al Dr. Sam Beckson.

—El entrelazamiento cuántico es la clave para uno de los fenómenos más misteriosos de la mecánica cuántica: el teletransporte del estado cuántico. Puede que esto ahora les suene a chino, pero cuando lo vean, lo comprenderán. Mi especialidad se centra en el entrelazamiento de fotones mediante filtros ópticos. Les prometo una cosa. Cuando esta demostración termine y el acto haya finalizado, saldrán de esta sala con otros ojos, unos ojos diferentes, abiertos para un nuevo mundo. La demostración sólo durará unos segundos, pero será tiempo suficiente, créanme. Aquí, mi compañero, el Dr. Thomas Blake, doctorado en física teórica, estudia el Teletransporte cuántico de cubits. Les narrará un poco los orígenes de este proyecto.

El doctor tomó la palabra.

—Los computadores cuánticos más sencillos son los ópticos. Estos están basados en el entrelazado de fotones y las propiedades cuánticas de la polarización. Entrelazar fotones no es fácil. O no lo era, hasta ahora. Esta teoría⁶ lleva propuesta desde 1993 y, la logramos demostrar experimentalmente, por supuesto, mediante el uso de fotones cuatro años después, en 1997. El teletransporte cuántico es fundamental para el desarrollo de los ordenadores del futuro, los ordenadores cuánticos. Que serán más rápidos de lo que puedan imaginar. Teletransportar fotones suena fácil, pero díganme—miró al público— ¿Creen que se podría realizar el mismo experimento con elementos más grandes, como por ejemplo, átomos? Pues sí señoras y señores, el año pasado lo logramos mi colega y yo, con iones pero a distancias muy pequeñas. Físicos norteamericanos de las Universidades de

⁶ Demostración en 1997, en Austria, de teletransporte de fotones de luz.

Maryland y Michigan logramos teletransportar cuánticamente el estado de dos iones de iterbio separados por una distancia de un metro. ¿Increíble no les parece?

Patrick anotó los datos más importantes. La gente comenzó a levantarse a la espera de que presentasen esa demostración reveladora. Si todo salía bien, los propios teólogos deberían reflexionar sobre sus escrituras. «Y pensar que antiguamente, a los libres pensadores y científicos les tachaban de herejes contra Dios». Algunas personas del público empezaron a arrojar comentarios fuera de lugar a los doctores. Parecía que se había infiltrado algún grupo religioso radical o ciudadano anti-tecnología. Los servicios de seguridad intervinieron y sacaron a los insurgentes fuera de la sala.

Cuando todo volvió a la normalidad, todo el mundo volvió a asentarse en sus asientos, excepto los que estaban de pie en los laterales. El doctor hizo una seña a sus ayudantes para iniciar la prueba. Tres técnicos acercaron una gran mesa rectangular y la detuvieron en medio de la tarima. El interior iba cubierto por una sábana negra.

Cuando Patrick reconoció a John se llevó una sorpresa. Había cambiado notablemente. Estaba más corpulento, llevaba melena corta y se había puesto lentillas. Iban a ser ciertos los rumores de que en el M.I.T.⁷ había buenos gimnasios. Patrick intentó llamar su atención, pero no sirvió de mucho, de modo que se limitó a observar.

—Señoras y señores, contempen nuestra obra por favor.

—¡Creacionistas! —Gritó uno de los insurgentes justo cuando le sacaban de la habitación—. ¡Nadie está por encima de Dios!

Destaparon la sábana. Todo el público exclamó al unísono. Fue espectacular. «Ahí tenía mi artículo—pensó Patrick». Los fotógrafos comenzaron a sacar imágenes desde todos los planos. Una estructura compuesta por una serie de tubos, válvulas y recipientes, diseñada simétricamente. Empezaron a repartir gafas de seguridad entre las personas de las primeras filas. John accionó un mando y se iluminaron varios artefactos. Todo se llenó de pequeñas luces. Ordenaron disminuir la iluminación de la sala para que se pudiera contemplar mejor. John y su compañero señalaron dos recipientes. Indicaron que contenían el elemento Iterbio.

⁷ Instituto Tecnológico de Massachusetts.

—Ahora, les rogamos un poco de silencio y que observen atentamente —anunciaron sus autores—. En estos recipientes podrán observar dos isótopos de iterbio, los podrán diferenciar por la cantidad de energía que desprenden, ya que su energía es distinta en cada uno. Durante la prueba se intercambiará el contenido de sus recipientes, es decir, que uno se teletransporte al recipiente del otro.

Un pantalla instalada en la tarima mostraba varias gráficas de energía y daba una imagen ampliada de los elementos para poder presenciarlos mejor. «Si lo lograban, qué sería lo próximo, ¿teletransportar objetos? Y después, ¿personas?».

—¿Preparados? —alertó Blake—Ahora viene el momento tan esperado.

Los recipientes estaban conectados por dos tubos metálicos. Dos rayos laser conectaron ambos recipientes. La luz que provenía de los rayos se concentró al máximo hasta desaparecer en ambos recipientes. El experimento se había completado con éxito.

John localizó a Patrick y le hizo una señal. Aplausos, silbidos de satisfacción y frases de enhorabuena llenaron la sala. Lo habían conseguido. Habían logrado algo imposible. Apagaron todo y los mismos técnicos retiraron la gran mesa con ruedas. Fue entonces cuando empezó la ronda de preguntas.

Era el momento de Patrick.

«N.Y.Times»: ¿Cree usted que en el futuro, cuando las investigaciones hayan mejorado, se podrá realizar el mismo proceso con humanos?

«Dr. Blake»: Buena pregunta, pero hasta que llegue ese momento todavía queda mucha investigación, querido amigo. ¿En el caso de que se avanzase hasta ese punto? Sí, sería posible. Pero, aunque me duela reconocerlo, actualmente no disponemos de esa tecnología y se especula que aún podrían faltar varias décadas para ello.

«N.Y.Times»: ¿Han probado con algún elemento de mayor tamaño?

«Dr. Blake»: Sí, lo hicimos. Con una pequeña pieza de metal.

«Philadelphia Inquirer»: ¿Y qué fue de ella?

«Dr. Blake»: Desapareció, no completó el proceso de materialización. Pero lo más probable es que se desintegrara debido a su gran tamaño o que apareciese en algún punto del

planeta. Ya conocen la frase, la energía ni se crea ni se destruye, sólo se transforma.

«Washington Post»: ¿Con eso quiere decir que, en caso extremo, si así fuera que reapareció en algún punto del planeta, sería posible la teletransportación a mayor distancia?

«Dr. Blake»: Interesante pregunta joven. Digamos que, siempre en caso hipotético, si se llegase a localizar su rastro y posteriormente, encontrarlo en perfecto estado, sí, supongo que sería posible, pero estamos hablando de objetos inanimados, no biológicos, son cosas muy diferentes. Lo biológico siempre será más complejo. Pueden surgir errores en el ADN durante el proceso. No creo que desease tener los ojos en el estómago o un tercer brazo en la cabeza. ¿Me explico?

«Washington post»: Por supuesto que no.

La ronda terminó. La conferencia había finalizado. Unos agentes de traje negro se acercaron al alcalde y le susurraron algo al oído. El público empezó a levantarse e irse mientras comentaban el experimento que había dejado anonadado a todo el mundo. Patrick trató de hacerse hueco para acercarse a la primera fila e intentar hablar con John, pero resultó imposible.

Fuera en el vestíbulo, se formó una marabunta de personas. Entre tanto ajeteo y movimiento de masas una persona chocó con Patrick y se le cayó el maletín y el sombrero.

—Disculpe, no le he visto —dijo Patrick.

Al mirar a ese hombre, advirtió una gran cicatriz que le salía de la cara y le rodeaba el cuello.

—Tranquilo chico, no pasa nada. ¿Ha estado interesante la charla, verdad?—dijo el tipo con tono misterioso.

—Pues sí, ha sido realmente revelador, quien iba a imaginar que eso fuera a ser posible.

—Pues todos hemos sido testigos, amigo —El hombre se irguió y se colocó el sombrero.

—Cierto —Algo en esa persona no acababa de convencer a Patrick—. Si me disculpa tengo algo de prisa.

—Faltaría más—después murmuró en voz baja—Eso no es nada comparado con lo que está en marcha.

—¿Perdón, que ha dicho?—Patrick creyó haber oído algo.

—Perdone, pensaba en voz alta —dijo el hombre agarrando el ala de su sombrero y despidiéndose formalmente—. A ver si hay

más encuentros como el de hoy. Hace falta inspiración en estos días que corren. Que pase una buena tarde, joven.

Patrick regresó a la habitación.

—¿Patrick? Te he visto dentro —John le había localizado—
Que veas que me he acordado de ti.

—Ya lo he visto. Por cierto...

John se acercó con los brazos estirados y le abrazó. Patrick tuvo que aguantar la respiración. Le había vaciado los pulmones del apretón. Estaba en forma.

—No me lo digas, ¿gimnasio?

—Por supuesto, en el Instituto nos quieren sanos y en forma, qué te pensabas, ¿que sólo había cerebritos?

—Bueno, un poco de todo, ya sabes —Patrick recordó algo—. ¿Por cierto, sería posible una visita guiada por vuestras instalaciones? Siempre he tenido curiosidad.

—Por supuesto, hay sitio en mi piso, no hay problema. Además ahora que ya ha terminado la demostración, todo el material va a estar guardado. Te puedo buscar un vuelo y mañana te recojo en el aeropuerto.

—Perfecto, va a ser un fin de semana interesante.

14

Expediente

La furgoneta se dirigió a la parte trasera del edificio. No podían mantenerse delante del edificio a riesgo de que la seguridad sospechara. Dos operativos salieron del vehículo con trajes de etiqueta. Su objetivo era infiltrarse en la convención y obtener varios documentos. Luke contempló el vestido de su compañera. Ella se dio cuenta y le devolvió un cariñoso gesto.

—Buen intento cariño, pero hoy no. Tenemos trabajo—señaló Francesca a su compañero.

—Tú te lo pierdes —respondió él.

Fran se asomó a la puerta de emergencia y confirmó que estaba vacía. Luke la cogió del brazo y la besó en la boca. Ella no se lo impidió pero le dejó con ganas de más. «Más tarde—susurró». Accedieron a una zona reservada. Fran abrió otra puerta para comprobar que no había nadie mirando en su dirección. Había mucha gente reunida. Antes de acceder, dos pivotes dorados con una cuerda roja les bloqueaban el paso. Sin dudarlo, desengancharon un lado, cruzaron y lo volvieron a enganchar.

—Ya estamos dentro—anunció Fran—. Nos dirigimos al ascensor.

Desde fuera, Dimitriv se encargaba de pinchar las comunicaciones del edificio para monitorizar toda la conferencia. Debían asegurarse de no cometer errores. Sus cuellos estaban en juego.

—Chicos —anunció Lisa desde el interior de la furgoneta—Os comunico que el pasillo está libre en estos momentos. Tenéis luz verde. En el primer piso parece que hay varios accesos.

Desde la pantalla del ordenador, Lisa observó cómo sus compañeros accedían al vestíbulo. Desde la segunda cámara, vio cómo discretamente accedían a los ascensores. Todo parecía ir bien. Accedió a la cámara del primero piso.

—Avanzad por el pasillo. Veréis una puerta y contiguamente otra. Entrad en ella. Según la información que nos han facilitado el maletín se debe encontrar allí. Una vez dentro, estaréis solos.

—De acuerdo —respondió Fran.

Avanzaron a hurtadillas a través del suelo marmolado. La misión empezaba en ese momento. Forzaron la cerradura y accedieron al interior.

—Daos prisa. Debería estar a la vista. El sillón, la mesa, en algún lado. Sólo necesitáis su contenido, dejad el maletín.

Luke encontró un maletín bajo el escritorio. Utilizó la combinación de seguridad que les habían proporcionado.

—Tanto maletín para unos folios. La información debe ser valiosa.

—Misión cumplida. Devuélvenos al exterior Lisa —dijo Fran.

—Haced el mismo recorrido. No deberíais tener problemas.

Avanzaron hasta ascensor y Luke llamó. La puerta tardó unos segundos en abrirse. Lisa escuchó un golpe seco desde los auriculares de la furgoneta. Temió que les hubieran descubierto.

—¿Ha pasado algo? He oído un ruido raro.

—Nada, que Luke es un torpe—dijo contemplando cómo se retorció de dolor su amante y compañero de armas—Eres de lo que no hay.

—Eres una bruta —El codazo que le había propiciado en las costillas le pasó factura—¿Pero a ti te parece normal cómo me tratas? Siempre estamos igual.

—Estamos trabajando. Métetelo en la cabeza ¿Se puede saber qué te pasa?

La puerta del ascensor se abrió. A Luke le asaltaron los nervios y, de la agitación de su brazo, la carpeta salió volando de su mano a la cabina del ascensor. Continuaron discutiendo sin darse cuenta de ello hasta que la puerta se cerró.

—¡Mira lo que has provocado! —gritó Luke.

—No es culpa mía que no sepas llevar el asunto.

—Date prisa y llama antes de que alguien lo coja —le ordenó.

Lisa no llegó a ver la escena. Sin probabilidades de cometer errores, apartó la vista un rato del monitor. No contó con el factor humano. El ascensor comenzó a subir quince segundos después. Luke estaba muy estresado. Todo había ido bien hasta ese momento...

La puerta se abrió.

—¡Ahí está! Y en el mismo sitio —respondió—. Llega a desaparecer y soy hombre muerto.

Fran comprobó el contenido.

—Seguro que está todo, estaba en el mismo sitio—respondió él—. No habrá nadie abajo. La conferencia ha empezado hace rato.

—Por precaución —Fran tenía un mal presentimiento y su intuición no solía fallarle. Parecía que el contenido estaba intacto —¡No!—gritó y calló al suelo de rodillas.

—¿Qué pasa? —dijo él con ironía— ¿Se ha arrugado alguna hoja?

—¡Falta la lista, idiota! —gritó fríamente— Se supone que hay una lista. ¡Ya sabes qué significa eso!

De repente, el compañero empezó a jadear. Se desabrochó la corbata, se le aceleraba la respiración...

—Eso sólo puede significar una cosa —dijo tomando aire— Y es que alguien había llamado desde abajo. Por eso se cerró la puerta.

Los dos se miraron y se quedaron mirando el ascensor.

—Bajemos. Aquí perdemos el tiempo —dijo el hombre.

—¿Y después qué? ¿Entramos dentro? ¿Sabes cuánta gente habrá ahí? ¿Te vas a poner a inspeccionar a cada uno? No me hagas reír.

—¿Y qué hacemos?

—Le diremos a Lisa que mire en las cámaras. Es la única manera —Fran se llevó la mano al micrófono— Lisa, ¿Puedes mirar la cámara del vestíbulo, por favor? Sin preguntas. Dime si ves a alguien.

—¿Qué ocurre?

—Sólo hazlo.

Lisa comprobó el video correspondiente a la cámara del vestíbulo. Había alguien, un hombre. Pero seguía sin entender qué tenía él que ver.

—Hay un hombre que se dirige a la puerta de la conferencia. Si os dáis prisa, le podréis coger.

Se metieron en el ascensor. Al llegar abajo, corrieron hacia la puerta y vieron que alguien entraba. Era él. Pero llegaron tarde.

—Esto llevará más tiempo, han surgido problemas —informó Fran.

—¿Os han visto?

—No, pero hemos perdido una hoja —miró a Luke— y ese hombre ha entrado dentro.

—Vamos. Démonos prisa—dijo su compañero.

Luke corrió lo más rápido que pudo hasta alcanzar el pomo y abrir la puerta. La sala estaba completamente llena. Varias personas se giraron hacia él. La misión se iba a alargar.

—Esperaremos a que termine y observaremos a la gente. Cuando alguien se encuentra algo de cierta magnitud siempre revela gestos. Si no encontramos ningún sospechoso, regresamos al despacho. Siempre se tienen duplicados, ¿entendido?

—Sí, pero esto lo cambia todo, nuestros cuellos están en juego.

—Cállate ya. Esperaremos a que acabe.

Después de terminar la conferencia, Luke y Fran aparecieron por la puerta de atrás. Sus caras lo decían todo. Algo había pasado.

—¿A qué vienen esas caras? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no habéis informado?

—No estoy de humor para hablar ahora. Improvisación y mucha suerte. Sólo diré eso. Mucha suerte—se giró hacia su compañero con mirada regañina— ¿Has podido grabar todo?

—Sí, aquel que haya entrado por la puerta estará en el video de seguridad. No os preocupéis. Le cogemos.

Lisa puso el archivo de video de la exposición. Tuvieron mala suerte, los puntos ciegos del vestíbulo ocultaron la cara del hombre. Pero en el momento que se acercó a la puerta, tuvieron una instantánea.

—¿Ese no es el tío del coche? —preguntó Luke.

—Nos volvemos a encontrar. Será fácil. No parece gran cosa—respondió Fran.

—Bendito Tío Sam, así da gusto trabajar —dijo Luke— Todo el edificio está lleno de cámaras.

—Da gracias de seguir vivo ahora, o ¿hay que recordar cierto incidente?.

—Todo en orden —dijo él.

—Muy bien, Dimitriv, sácanos de aquí.

El conductor se quitó los auriculares y puso en funcionamiento el motor.